

SELENA MILLARES, *Sueños del goliardo*, Cuadernos de La Corrala, Madrid, UAM Ediciones, 2013, 80 págs.

SELENA MILLARES O LA DELICADEZA

Trae Selena Millares a Cuadernos de La Corrala, una cuidada edición de la Universidad Autónoma de Madrid, estos *Sueños del goliardo* (quizá lo más extraño del libro sea el título), o cuanto es lo mismo, una sección casi completa del sugerente *Cuadernos de Sassari* (Andrea Lippolis Editore, 2013). La poeta canaria, para cerrar el círculo y no dejar en evidencia los viejos lemas clásicos sobre poesía y pintura, añade óleos, acuarelas, gouaches y carbones sobre arpilleras de yute, madera y tela de tarlatana, un soporte no tan usual y que el libro-catálogo reproduce con calidad. De telonero, el buen Jorge Riechmann con gracejo serio, como no podía ser menos, pinta unos versos de prólogo.

Anita Viola, en el epílogo que sirvió de palabras preliminares a los *Cuadernos*, deja patente la miscelánea de asuntos, desde los pensativos o amorosos hasta el compromiso humano y político de la autora con quienes sufren, ya amantes, olvidados, víctimas de la barbarie de una bomba o del rencor humano, bien unos anónimos de la Guerra Civil en un campo de concentración o con nombres y apellidos, como Juan Millares Carló (hermano del célebre Agustín Millares), en sentida rememoración y sucinto homenaje. Pero explícitamente ya en los *Sueños* son los marginados actuales, o quienes llevan el enigma de una pena oculta, el motivo de su atención. El poema “El loco” funciona en ese sentido como el envés de ese territorio político, para acercarse a lo estrictamente humano desde lo inmediato. Un poema donde se da la medida de un elemento fundamental de Millares, la delicadeza. En los *Cuadernos* esa diosa tan poco pródiga le llevaba al espléndido “Despedida” o a los inciertos lugares donde un niño sueña y la poeta interpreta su paraíso escondido. Podríamos hablar de una sutileza deliciosa desde lo común maravilloso, como por ejemplo ocurre en “La carta del soldado”. Delicadeza gozosa y nada apesadumbrada como patología (tan en boga), pues en Selena Millares la ensoñación y la dulzura quitan el hierro obsesivo a la poesía desolada eterna, enferma diríamos, humanísima. Ciertamente en sus versos habita la melancolía, pero solamente he visto un rastro de acritud en “Billar”. Así que tendríamos que partir de este primer punto: la poesía de Selena Millares posee un

tono peculiar grácil o serio, según quiera y según secciones, pero reconocible siempre desde su delicadeza y cierta ensoñación. Así sin sortear el asunto del vivir, ni ser festiva, sabe templar las fuentes de la herida. Posee igualmente un timbre (sobre todo en la secciones “Isla del silencio” y “Ofrendas”, de *Cuadernos*), donde la gracia y agilidad en el cantar no sortean la gravedad de la invención o asunto (“Arena”). Añadámosle una pizca de sal de calidez a este saber decir hondo, sin ser gravoso o desolado, y tendremos buena parte de la poética en verso libre de la poeta canaria. Y desde ahí un mundo múltiple: atención a los olvidados muy verosímilmente como en ese poema lleno de empatía con un loco o un perdido en la ciudad que encuentra a un ciego (“Jonás urbano”), o a quienes todavía sueñan desde la cintura del ser amado como en “Los amantes del mar”. A Alberto Camus, un mendigo, al que solía dar unos francos, le respondió una vez que el de Orán recriminó el desdén de una señora tacaña: “no es que sean malos, es que no nos ven”. Selena Millares se ha instalado como el mendigo en una mirada limpia que ve y contempla. De eso vamos a hablar sucintamente.

Estos *Sueños del goliardo* vienen marcados por el poema “La nave de los locos”, desprovistos, eso sí, del sentido que Sebastián Brandt dio por 1494 a la nave como desafuero desde la sátira, el ejemplo y la reconvención. Aquí se cita la melancolía, ese peligro contra el que avisó Alberto Durero en célebre grabado, traído por unos versos de Paul Celan: *cada uno en su noche/ cada uno en su muerte*. Una polisémica lectura hará el lector de esa cita, que da paso a la llamada (llamarada) del amor roto, *cuando los ángeles olvidan*, aunque donde el do de pecho canta es en el espléndido “El pájaro lágrima”. Una delicia refinada y elegante como el *Vals triste* de Sibelius o una mariposa cárdena de Lalique. Un tristear hacia el otro cielo en la tierra de quienes se niegan a la alegría y son pájaro en la arena, régimen nocturno, catábasis. Con esos mimbres y méritos llegan otros poemas que también tristan y se atienden frente al infinito desde la precariedad de ser (“El buque”). Quizá, junto al citado “El loco”, sea “Jonás urbano”, desde esa otra pérdida existencial en la ciudad, donde se encuentre de golpe a los olvidados (los mismos de Luis Buñuel, pero también desde las correspondencias), que por extensión y compromiso se extienden hasta “La sagrada familia”, dedicado a los muertos de Lampedusa, o a “La flor de Vernet D’Ariège”, un angustioso tratado lírico sobre los

muertos en vida en un campo de concentración; siempre con el pañuelo de María Magdalena y la reivindicación serena que padece con el otro, no con la ira oportunista del desquiciado o del político astuto. Casi choca encontrar el delicioso poema de amor que es “Paso a dos”, y que por su sugerencia –*en el tiempo breve de las cerezas, amor, / ahora es siempre y también todavía*–, canta con delicadeza de siempre, pero mirando al amado frente a los márgenes. Pero eso ya lo habíamos dicho.

En efecto, es en la sección primera de *Cuadernos de Sassari* donde encontramos a la poeta de “Paso a dos”, o a quien de manera sucinta se conmueve sin acritud. No estamos ante el lanzarotismo (no lancelotismo) de Andrés Sánchez Robayna, o el discurso extremo de la desolación de ser como único registro que el tinerfeño ha construido con talento áximo desde la imagen de Lanzarote, y algunas buenas propuestas marcadas (pienso en *Tinta* por la originalidad). Hay más cosas en la tierra y Selena Millares las atiende desde la versatilidad del verso breve, ágil y grácil, grácil y ágil que sabe dolerse y sentirse, pero con elegancia no crispada. Desde ahí ese otro componente de su poética al que nos referíamos, la ensoñación blinda el paisaje de sus versos contra el exceso de dolor: así los propileos de “El naufragio” marcan el tono de su llanto sereno. En el espléndido poema “La playa”, las arenas como sábanas guardan, hacen leve la tragedia de ese sucesivo ser en el tiempo que Martín Heidegger dijo de otra manera. No, aquí el poema no es cosa, sino alivio, como mantuvo el pesimista Pessoa tras Schopenhauer. Se duele, pero no entrega puñales para ahondar la herida al lector, lo cual en un tiempo de desconsolados se agradece. Con esa suavidad llega “La memoria”, “La carta del soldado”, junto a alguno de los ya anticipados. Siempre con ese uso del ornato comedido, pero ajustado y plástico, sin forzamientos, muy visual, que caracteriza su propuesta. La carga política del poema “Silencio”, sobre el precio que se paga por la paz, pone el broche. El poema “Asfalto”, dedicado a una muñeca nostálgica de las manos de un niño, semidespanzurrada, debería estar en las antologías de la poesía española última. Mucha piedad habita en la dulce y seria poesía de Selena Millares. Además la canaria tiene la cortesía de la legibilidad, frente a tanto pretencioso que ni experimenta, ni dice. No sé qué leí el otro día de un profesor de Oxford de cuyo nombre no puedo acordarme sobre la necesidad de volver a decir en poesía. Y no era Terry Eagleton, ni de esa cuerda. Las *Ofrendas* con que cierra los

Cuadernos de Sassari, con su pequeño homenaje, pone el mejor colofón posible a un libro con el que se ha doctorado en poesía. Parece que Carmen Gallardo Mediavilla ha acertado al darle el primer número de esta colección que dirige a Selena Millares. Una poeta que por edad y publicaciones, por su decir claro, se sitúa entre las líneas ajenas a escuela delimitada que proliferaron entre los 80 y los 90 (con límite estricto en el cambio de siglo). Una poeta donde aparece mucha infancia y mucho amor (también humor en ocasiones), mucha reivindicación atenta al hoy (“Zapatos”) u homenajes (“Scherzo huidobriano”, “En esta tarde”). Y si no me creen, lean los poemas “Evocación” y “Alba”, o la memoria y presente de una estupenda poeta.

RAFAEL MORALES BARBA
Universidad Autónoma de Madrid